

E. MIRET MAGDA LENA

Acabo de dar una conferencia en la parroquia de los Oblatos en Madrid. Era un ciclo en el cual intervenían varios sacerdotes y hasta un Obispo, Monseñor Iniesta. Mi tema era "La crisis económica y la opción cristiana".

La verdad es que hubo unas pocas personas de esta parroquia a quienes no gustó la elección de los conferenciantes. De una manera o de otra, nos metían en el grupo de los abiertos, y ellos estaban por la cerrazón sin ningún género de duda.

Recuerdo una vez que en la Acción Católica, cuando yo entré en ella como dirigente nacional (hace de esto casi veinte años), me pasó algo parecido. Uno de los representantes diocesanos, asustado por mis posturas religiosas y humana, exclamó al final de la Asamblea anual, después de mi intervención sobre la cultura católica en nuestro país: "Yo soy de los cerrados, a diferencia del conferenciante, y lo tengo a mucha honra, porque toda la historia española está cerrada a todas estas aperturas que algunos quieren". Mi asombro fue grande, porque procuré estar lo más discreto posible en mi disertación.

Inocentemente, para aclarar la cosa, le lei —era el tema de la libertad religiosa el que se debatía en concreto— un texto de nuestro clásico Padre Francisco Suárez, el gran tratadista del Derecho de Gentes, en el que propugnaba la tolerancia de cultos en América tras nuestro descubrimiento y colonización. Pero no conseguí mejorar la cosa, porque uno de mis compañeros que presidía el acto, con voz estentórea dijo: "Ni sé quién es ese Francisco Suárez ni me importa, porque lo que dice es una tontería". Así andábamos entonces de cultura y de apertura en nuestros medios católicos.

Cuando intervenía el otro día alguno de los coloquiante tras mi actual conferencia, me venía a la memoria este otro sucedido, y me quedaba sorprendido de que todavía exista en el país un pequeño núcleo de representantes de esta anacrónica postura. Pero, queramos o no queramos, así es todavía.

Olvidamos que los españoles hemos sido educados hasta hace poco en las más negras tintas ideológicas, y que el alimento espiritual que hemos recibido resulta de una increíble ceguera. La libertad se ha entendido como un portillo abierto al libertinaje y al caos, sea en política, en religión o en cultura. Se nos ha dicho que no estábamos preparados para ello, o que los españoles no pueden ser gobernados, ni dentro ni fuera de la Iglesia, sino con mano dura, o, lo que es todavía peor, se atribuyen nuestros males y envilecimientos al pecado original, teniendo que aceptarlos resignadamente como una fatalidad humana insuperable y paliándolos únicamente con el "orden y mando" puramente disciplinar, que es como justificaba hace un año su gestión una persona altamente situada que conozco.

Vayan ahí unas muestras de esta educación que tuvimos.

El Padre Menéndez-Reigada, O. P., publicó un catecismo patriótico en Salamanca en el

año 1939, en el que se afirmaba que lo más cristiano era seguir en política el totalitarismo. ¿Por qué? Porque "es lo que conviene a la estructura y a la tradición de la nación española", decía el futuro Obispo de Córdoba. Pero no se conformaba con esta afirmación, del mismo corte que la de aquel compañero de Acción Católica de hace casi un cuarto de siglo. Por si fuese poco, añadía que, además de las razones histórico-patrióticas, era esa solución totalitaria "la que prescriben los dictados de la sana razón y la única que puede conducir a la prosperidad de la Patria y al bienestar de la sociedad y de los individuos".

Olvidaba este religioso también que la Iglesia —y, por tanto, los católicos— no pueden defender una doctrina que desprecia al ser humano y su libertad de convivencia y de decisión en asuntos humanos. La Biblia católica tradicional —la Vulgata— traduce un famoso párrafo del libro del Eclesiastés así: "Dejó el mundo a las disputas de los

NO AL INTEGRISMO

hombres". Y hoy, tan antigua sabiduría quiere ser olvidada por algunos católicos que son "más papistas que el Papa".

Pío XII recogió la doctrina de Papas anteriores, y la sintetizó con estas lapidarias palabras: La Iglesia "rechaza todo totalitarismo" (31 octubre 1948), y "se coloca como una barrera enfrente del totalitarismo" (17 febrero 1950). Por eso se borró de nuestras Leyes Fundamentales en 1966 todo recuerdo de aquella época, quitando la palabra "totalitario" de nuestro Fuero del Trabajo.

En 1951 se publicaba todavía en Andalucía —viviendo el Cardenal Segura— el "Nuevo Ripalda en la Nueva España", un catecismo tradicional en el cual se estigmatizaban las libertades que luego canonizó quince años después el Concilio Vaticano II, proponiéndolas a la Iglesia como esenciales para una estructuración de la sociedad que estuviera inspirada en el catolicismo.

En él, hablando del socialismo, se preguntaba: "¿Qué me dice usted del socialismo, que es un sistema absurdo, y sobre todo injusto?". Lo que hoy aceptaría cualquier católico un poco avanzado, hace menos de veinte años que era nefando en nuestro país.

Hablando del sindicalismo, llega este catecismo popular a más todavía. Hace en él la siguiente pregunta: "¿En qué consiste el sindicalismo? En la unión de las clases obreras para destruir la sociedad, repartir la propiedad privada y defender sus pretendidos derechos". Aunque, con el fin de que no parezca demasiado rígida su contestación, matiza que se refiere al sindicalismo de los anarquistas. Pero la verdad es que si el socialismo

tiene tales peligros, nadie se atreverá a propugnarlo en serio, y concitará la enemiga de los católicos moderados.

Y nada se diga de las libertades que la Iglesia, desde Juan XXIII, propugna claramente: la libertad religiosa, la libertad de expresión y la libertad de enseñanza. Libertades que no pueden consentirse, según el autor del catecismo, porque el Estado "debe profesar el primero, y amparar después, la única religión verdadera, que es la católica". Nada de libertad para los demás, ya que todas esas libertades son "perniciosas", y sólo "sirven para enseñar el error, propagar el vicio y maquinan contra la Iglesia". Por eso se nos enseñaba de modo que no quedase la menor duda que la Iglesia no debe ni siquiera tolerarlas.

Si así hemos sido formados, aunque hoy se abran nuevas perspectivas desde la Iglesia, habrá todavía quien crea que esta liberación eclesial es desastrosa, y que le parezca que "nos quitan nuestra religión", y que vamos al caos.

Por aquellas fechas también se editaba en Barcelona un "Catecismo sobre el Protestantismo" —lo publicaba la Editorial Vilamala—, en donde se despachaba el autor a gusto contra los protestantes evangélicos, diciendo que sus fundadores "fueron un rebano de Epicuro bajo todos los respetos", y que esta religión "no es más que un medio para introducir más fácilmente la irreligión, la incredulidad, y, por último, el comunismo y el socialismo".

Estábamos entonces en plena caza de brujas medieval, y éramos, como católicos, los "profetas de calamidades" de que hablaba Juan XXIII, estigmatizando las libertades y derechos básicos que el propio cristianismo había traído en germen al mundo cuando lo fundó Jesús.

Y como colofón ahí está el hecho de esos "Sábados Populares a María", escritos y publicados en 1937 por el Padre Cándido Arbeloa, S. J., quien ponía entre los ejemplos piadosos, a imitar por los devotos españoles de aquel tiempo, el de aquellos que en nuestra guerra civil "frotaban con una medalla las balas para lograr mejor puntería". Una muestra más de la confusión reinante en nuestras mentes.

No, un integrismo yo creo que es imposible que dirija ya los destinos religiosos y humanos de nuestro país; pero seamos conscientes y lúcidos los españoles que, por anacrónico que nos parezca, todavía hay quienes añoran y defienden esto, aunque sean minorías cada vez más pequeñas.

Y me lo demostró no sólo esta experiencia de los pocos que se mostraron contra mi apertura humana y religiosa (alguno llegó a decirme que yo pretendía poco menos que sabotear el pensamiento del cristianismo), sino una curiosa conversación que tuve después con un religioso de ultra-derechas, cuyas ideas todavía me asombran. Estos disconformes parecían islas solitarias en medio de un mar de deseosos de mantener otro punto de vista, que nada se pareciera a la educación recibida, y que aquí recojo.